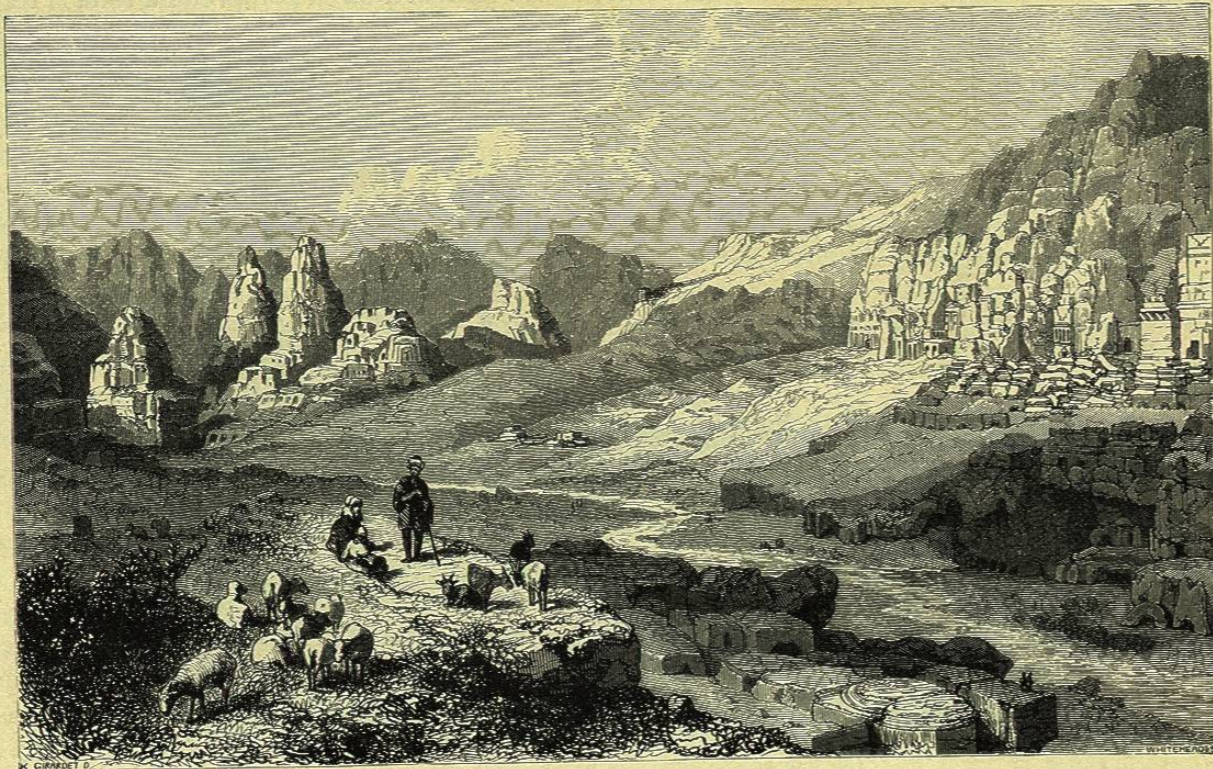


siones políticas. Antes de Mahoma estaba la Arabia dividida en millares de tribus independientes; y bajo el imperio árabe todas estas tribus no formaron más que un solo pueblo. Después de la caída de aquel imperio, la Arabia volvió á su primitiva manera de ser; y, excepto los tres imperios formados por el Nedjed, el Yemen y el Omán, se compone de pequeños principados y de tribus independientes, cada una de las cuales no reconoce más que á un jefe.



Petra

mente al aspecto del país, pues el centro de la península está ocupado por la alta montaña granítica que forma el Sinaí; la región que la rodea es pedregosa, y no se halla arena hasta que nos vamos acercando á las orillas de aquel mar. La vegetación es rara y de las más ínfimas.

A pesar de todo, esta desolada región es una de las más célebres de la historia: es la Idumea de la Biblia; la tierra de los Amalecitas, de los Madianitas, de los Nabateos y de todos aquellos otros pueblos de quienes nos hablan en cada página los libros hebreos. Aquí, en esas soledades de la Arabia Pétreá vagaron tan largo tiempo los israelitas, después de su salida de Egipto y antes de penetrar en la tierra prometida. Aun se señala la montaña sacrosanta donde Moisés dictó la ley á su pueblo, la piedra de la cual hizo saltar un chorro de agua con un golpe de su vara mágica, y la caverna del monte Ho-

Vamos á dar una mirada rápida á las diversas regiones que acabamos de mencionar.

Arabia Pétreá.—Ya hemos dicho que esta región no era considerada por los geógrafos árabes como una parte de la Arabia; pero desde el punto geográfico y etnográfico es imposible separarla de ella. Comprende toda la península del monte Sinaí, y se extiende desde las fronteras de la Palestina hasta el mar Rojo.

El calificativo de *pétreá* corresponde exacta-

reb, donde el profeta Elías se escondía para evitar el furor de la reina Jezabel.

Aquí, en este antiguo país bíblico, se hallan las ruinas de Petra, que fué antiguamente el gran depósito del comercio de la Arabia meridional, y el lugar á donde las tribus del Yemen llevaban el incienso y los aromas, recibiendo en cambio los productos de Fenicia.

Nedjed.—Es una inmensa meseta fértil situada en el centro de la Arabia y rodeada por todas partes de desiertos y montañas. Las noticias que tenemos de esta región, donde se halla el asiento del poderoso imperio wahabita, son completamente modernas, y de sus habitantes ha llegado á decir Palgrave: «Se podría hallar entre ellos, como entre los habitantes de Sheffield y Birmingham, ingenieros capaces de trazar ferrocarriles, y de construir máquinas y vapores de hierro.» También á propósito del Nedjed

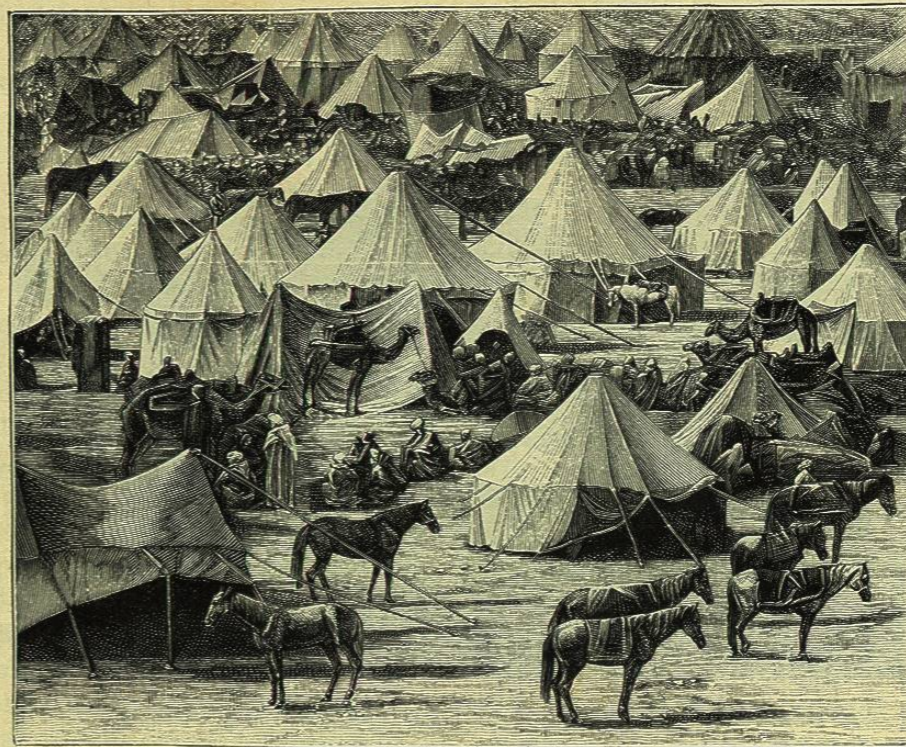
ha hecho observar que la preocupación de considerar la Arabia como país bárbaro depende de que los viajeros no visitan generalmente más que cierta región del litoral.

A pesar de las derrotas que los egipcios les infirieron en las dos campañas de 1810 y 1848, el imperio wahabita se reconstituyó rápidamente, y su soberano reside de ordinario en la importante ciudad de Riadh.

Es la agricultura el principal recurso de los

habitantes del Nedjed. «Las abundantes cosechas de trigo y maíz, dice Palgrave, y la excelente calidad de los dátiles, prueban que los hijos del Nedjed son labradores hábiles.»

Hedjaz.—Situado en el litoral del mar Rojo, el Hedjaz es sobre todo célebre por haber sido la cuna del islamismo y el asiento de las dos ciudades santas: la Meca y Medina, que cada año atraen á los peregrinos de los puntos más remotos del orbe musulmán. Aunque el Hed-



Campamento de peregrinos cerca de la Meca (copia de una fotografía instantánea)

jaz contiene algunas regiones fértiles, la mayor parte de su territorio es estéril, y el soberano nominal del país es hoy en día el Sultán de Constantinopla, pues el verdadero soberano es el gran jerife de la Meca, que reside en Taif.

La Meca es el tipo de esas ciudades del desierto que no se hallan más que en Arabia. El terreno de que está rodeada es tan pobre que no bastaría al sostén de sus habitantes, los cuales se ven obligados á hacer llegar sus comestibles de Djedda, ciudad colocada en el mar Rojo, y que viene á ser el puerto de la Meca.

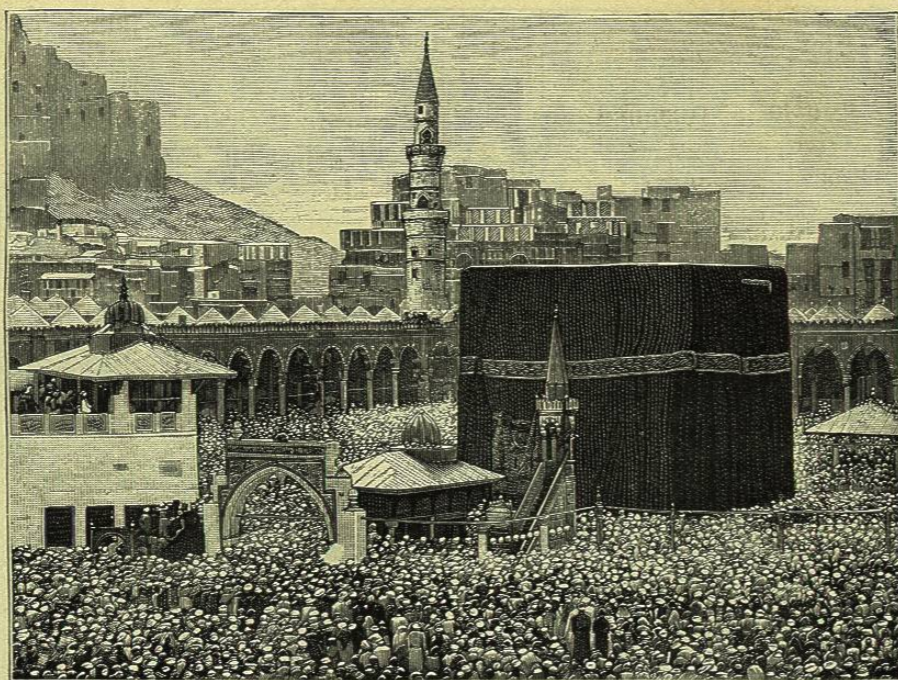
La Meca, llamada por sus habitantes la madre de las ciudades, ha sido largo tiempo desconocida de los europeos, los cuales todavía hoy no pueden acercarse á ella bajo pena de la vida; de modo que los pocos que han logrado verla no han podido hacerlo sino valiéndose de disfraces y á favor del profundo conocimiento

que tenían de la lengua árabe. No poseíamos antes sino algunos croquis de ella demasiado insuficientes para darnos idea bien clara de lo que es; pero hoy podemos ya imaginarla fielmente, mediante las fotografías que ejecutó Sadik-Bey, teniente coronel del ejército egipcio, las cuales han llegado á Europa en 1881. Nuestros dibujos han sido tomados de ellas.

La Meca no se distingue de las demás ciudades árabes sino por su regularidad, que es notablemente mayor; carece sobremedida de agua, y la mejor procede de los depósitos del monte Arafa, situados á algunas horas de distancia y conducida por un acueducto atribuido á Zobeida, la esposa predilecta del célebre califa Harún-al-Raschid.

Durante la época de las peregrinaciones, la Meca es el centro del comercio más rico y variado del orbe musulmán.

En medio de la misma Meca se levanta la mezquita á la cual la *madre de las ciudades* debe su celebridad; pues en su interior se halla la Kaaba, célebre templo cuya fundación, siguiendo á los historiadores musulmanes, remonta á Abraham. Califas, sultanes y conquistadores han competido desde Mahoma en demostrar su piedad, adornando la célebre mezquita; de modo que nada le queda hoy de su ornamentación primitiva.



La Kaaba, en la mezquita de la Meca, durante la peregrinación. — De fotografía

El templo de la Meca ha servido de modelo, particularmente en Siria, á un gran número de mezquitas, y yo he visto muchas construidas bajo el mismo tipo en Damasco. Pero las del Cairo son bastante diferentes, tanto por la forma de los minaretes como por los detalles de su ornamentación.

El pequeño templo de la Kaaba está situado en el mismo patio de la gran mezquita de la Meca, y consiste en un cubo de piedra gris que tiene, según Burckhardt, 40 pies de alto, 18 de largo y 14 de ancho, sin más abertura que una puertecita situada á siete pies sobre el nivel del suelo, á la cual no se puede llegar sino por una escalera portátil de que se hace uso sólo en la época de las peregrinaciones. Su interior consiste en una sala embaldosada de mármol, iluminada por lámparas de oro macizo y cubierta de inscripciones.

La ornamentación del interior de la Kaaba

La gran mezquita de la Meca tiene la forma de un cuadrilátero regular, y cuando se ha penetrado en el interior del monumento por una de las puertas que á él conducen, el visitante se halla en un gran patio rodeado de arcadas sostenidas por un verdadero bosque de columnas, encima de las cuales se levanta un número considerable de cupulitas. Varios minaretes, colocados en diversas partes del cuadrilátero, descuellan en este sitio.

ha sido siempre muy rica. Una de las más antiguas descripciones que de ella conozco es la que se halla en la relación del viaje de Nassiri Khosrán á Siria, Palestina, Arabia, etc., llevado á cabo durante los años de 1035 y 1042 de nuestra era. Esta interesante relación, que há poco dió á luz el sabio director de la escuela de lenguas orientales, Mr. Schefer, contiene el siguiente pasaje:

«Las paredes de la Kaaba están todas revestidas de mármol de diferentes colores, y por la parte de Occidente se ven seis mirahbs de plata clavados en la pared, cada uno de los cuales se halla á la altura de un hombre, y está cubierto de inscripciones en oro y en plata esmaltada de un tono negro bronceado. Las paredes, desde el suelo hasta la altura de cuatro arech, se conservan en su primitivo estado; pero desde esta altura hasta el techo se hallan cubiertas de losas de mármol, ornamentadas de arabescos

y de esculturas, la mayor parte de las cuales son doradas.»

En una de las paredes exteriores de la Kaaba está enclavada la célebre piedra negra, traída según los árabes, del paraíso por los mismos ángeles, á fin de que sirviese de escabel á Abraham cuando construyó el templo. Esa reliquia no tiene más que unas siete pulgadas de diámetro. Ningún otro objeto ha obtenido tanta veneración de parte de los hombres, pues muchísimos siglos antes de Mahoma se veneraba ya á aquella piedra negra.

La Kaaba está siempre cubierta de un inmenso velo negro, excepto en el sitio donde hay la piedra sagrada; cuyo velo empieza á algunos pies del suelo, y durante los primeros días de la peregrinación, lo rodea por el centro de su altura una banda con inscripciones del Corán en letras de oro. El velo se renueva una vez al año.

En el mismo patio de la mezquita hay otra construcción cuadrada que sirve de cubierto al manantial que, según la tradición, un ángel hizo surgir en el momento en que Agar, errante en el desierto, se tapaba la cara para no ver á su hijo morir de sed.

Aseguran los cronistas árabes que la Meca contaba antiguamente 100,000 habitantes; y siguiendo á Burckhardt, hoy en día no consta más que de unos 20,000.

También se halla en el Hedjaz la ciudad de Medina, la antigua capital de los árabes, la ciudad más importante del orbe musulmán en el concepto religioso, después de la Meca; pues efectivamente en Medina se refugió Mahoma, estableció su religión y murió.

Como la Meca, Medina se halla rodeada de territorios áridos que no proporcionan á sus habitantes lo necesario para vivir; de modo que éstos han de hacer llegar lo que les falta, de Yambo, ciudad situada en el mar Rojo.

Gracias á la piedad de los peregrinos, Medina ha llegado á ser muy rica, y las casas construidas de piedra de sillería tienen al menos dos pisos, las calles están empedradas, y la población circunvalada de altas murallas.

Excepto la célebre mezquita donde Mahoma fué á enseñar, y que hoy en día le sirve de tumba, Medina apenas contiene edificios antiguos. Pero el sepulcro del profeta basta por sí solo para convertirla en un lugar de peregrinaciones casi tan importante como la Meca.

Tierra de Acyr. — Entre el Hedjaz y el Yemen se halla un gran territorio llamado Acyr,

que hasta principios de este siglo los europeos no conocían nada, y del cual ahora sólo sabemos que está poblado por tribus belicosas, y que contiene muchas ciudades importantes.

Yemen. — El Yemen que forma la parte Sudoeste de la península, es la región más fértil, más rica y poblada de la Arabia, y la parte más importante de todo el territorio llamado por los antiguos Arabia Feliz.

Los habitantes del Yemen son á la vez comerciantes y agricultores, y desde los tiempos más remotos se han hallado en relaciones con los egipcios, persas, los indios orientales y otros.

Obedecen hoy los habitantes del Yemen á un soberano llamado Imán, que reside en Saná, ciudad de 60,000 habitantes. «Esta antigua ciudad, escribe el geógrafo árabe Edrisit, fué residencia de los reyes del Yemen, y la capital de Arabia, y sus reyes tenían en ella un palacio tan célebre como bien fortificado. Todavía contiene muchos palacios, rodeados de vastos jardines, y casas de piedra de sillería, adornadas de vidrieras. Veinte mezquitas, muchas de ellas con cúpulas doradas, contribuyen á embellecer la antigua capital del Yemen.»

Cruttenden, que tuvo ocasión de visitar Saná, describe en estos términos la visita que cada viernes hace el sultán á la mezquita: «Cincuenta beduinos armados abrían la marcha, alineados de seis en seis, y cantando á coro. Seguían tras ellos los principales individuos de la familia, á caballo cada uno, y llevando en la mano una larga lanza cuyas banderas flotaban al aire. Después de éstos aparecía el Imán, montado en un caballo de deslumbrante blancura, perteneciente á esa raza que se cultiva en el desierto de Djof, al norte de Saná, y que es más alta que la raza de Nedjed, sin cederle un ápice en ligereza ni en elegancia. El príncipe llevaba en la diestra una lanza, cuya punta era de plata y la empuñadura de oro cincelado; y con la siniestra se apoyaba en el hombro de un eunuco, mientras que dos esclavos sostenían las riendas del caballo. Iba debajo de un ancho parasol con franjas guarnecidas de campanillas de plata, que le abrigaba de los rayos del sol. El Seif-el-Khalifá venía en seguida bajo un dosel menos rico que el del soberano, siguiendo inmediatamente detrás el comandante de las tropas, los parientes del Imán y sus principales oficiales. Cien beduinos armados cerraban la marcha.

»Saná es todavía hoy la más importante ciudad de Arabia; y Mr. Halevy, que la ha visitado

pocos años há, dice que contiene mezquitas cuyo aspecto recuerda los célebres monumentos de la arquitectura musulmana.»

Muchas ciudades del Yemen, particularmente Rodah, cerca de Saná, son célebres por sus jardines y casas de recreo; y en Rodah las parras forman, como en Italia, unos toldos sostenidos por encañados.

A unas 30 leguas al Este de Saná se hallan las ruinas de Mareb, ó Saba, antigua capital de los Sabeanos, que hoy queda reducida á una aldea. Edrissi, que escribía en el siglo XII, pretende que en aquel tiempo contenía las ruinas de dos castillos, construídos uno por Salomón y el otro por una de las mujeres de David. Aquí, en Saba, reinaba la soberana que, al decir de los libros hebraicos, fué á visitar á Salomón.

Entre las demás célebres ciudades del Yemen precisa también citar los puertos de Moka y Aden, en el mar Rojo. La ciudad de Aden, hoy destruída, no tiene otra importancia que su posición; por cuyo motivo los ingleses se han apoderado de ella. Antiguamente llegó á ser una brillante y populosa ciudad, de la cual Edrissi dijo há 600 años: «Del Siná, de la India y la China le llevan objetos preciosos, como hojas de sable damasquinas, pieles de zapa, almizcle, sillas de caballo, pimienta odorífera y no odorífera, cocos, hernut (semillas perfumadas), cardamomo, canela, galanga (especie de yerba odorífera), macis (corteza de nuez moscada), mirbalano, ébano, conchas de tortuga, alcanfor, nuez moscada, clavo de especia, cubeba, diversas telas tejidas de yerbas, telas ricas y aterciopeladas, colmillos de elefante, estaño, rotens y otras cañas, como también la mayor parte del áloe amargo, destinado al comercio.

Una de las principales riquezas que hoy en día tiene el Yemen es el café, del cual provee esta provincia al mundo entero; pues aunque se le cultive en otras partes del globo, no ha podido alcanzar en ningún otro clima las cualidades que en el Yemen. El principal depósito aquí de este artículo es la ciudad de Moka.

Los soberanos del Yemen están ahora muy decaídos de su antiguo esplendor; su gobierno

no llega nunca á los puntos alejados de las grandes ciudades; y carece de toda influencia en las tribus que ocupan diversos puntos del territorio.

Hadramot, Mahrah, Omán y Haza.—El Hadramot y la tierra de Mahrah se extienden desde el Este del Yemen hasta el Omán, á lo largo de la costa del Océano Indio; están poblados por tribus independientes y contienen algunas ciudades muy poco conocidas.

La capital del Hadramot es Schibam; á una jornada de la cual se halla Terim, ciudad importante, una vez que, según Fremel, tantas mezquitas hay en ella como iglesias en Roma.

El Omán, que viene después del Mahrah, está bañado á un tiempo por las aguas del mar de las Indias y por las del golfo Pérsico; y aunque sea país arenoso, hállase entrecortado por muchos oasis y fértiles valles. El soberano de la comarca es un sultán que reside en Mascate, ciudad que ahora carece de importancia.

El Haza, que se extiende desde el Omán hasta la embocadura del Eufrates, á lo largo del golfo Pérsico, forma una región apenas conocida, y que se cree muy poblada. Desde la ciudad de El-Kalit hasta Bassorah el país es un vasto desierto. Pero delante de estas comarcas se hallan situadas las islas Barein, que son las más importantes pesquerías de perlas que en el mundo existen.

Nos falta ahora investigar qué vienen á ser las poblaciones que habitan la inmensa península que acabamos de describir sumariamente; pues como ninguna región del globo ha impreso por medio del clima y del suelo un sello tan característico á sus habitantes, no se comprendería su historia leyendo las relaciones de sus conquistas, ni las cronologías de sus reyes. Como base de este estudio debe colocarse el examen de los diversos factores que han determinado su evolución, y antes que ningún otro el conocimiento de la raza. ¿Cuáles son los caracteres morales é intelectuales de ella? ¿Qué modificaciones ha recibido del centro donde ha vivido, de la herencia y de los pueblos con los cuales se ha tratado? Tal es lo que importa conocer, y lo que ante todo debemos averiguar.

CAPITULO II

LOS ARABES

I

LA IDEA DE RAZA, SEGÚN LA CIENCIA MODERNA

Antes de empezar el estudio de los árabes creo necesario exponer algunas nociones de antropología, indispensables para la inteligencia de este capítulo.

Las aglomeraciones humanas, diseminadas en diversos puntos del globo, se clasifican en cierto número de grupos que llevan el nombre de razas. Antes esta palabra significaba que existían entre los grupos humanos, designados de este modo, diferencias menos grandes que las observadas en los grupos de animales que se designa con el nombre de especies. Pero habiendo probado los progresos de la ciencia moderna que las diversas razas del hombre están separadas por caracteres tan profundos como los que distinguen á las especies de animales afines, hay que tomar ahora el vocablo raza como sinónimo de especie, cuando se le aplica al hombre.

Cabe definir sencillísimamente el sentido de las palabras razas ó especie humana diciendo que designan unas aglomeraciones de individuos dotados de un conjunto de caracteres comunes transmisibles de un modo regular por herencia.

Aunque las personas extrañas á la antropología toman las expresiones pueblo y raza casi como sinónimas, la significación de éstas difiere absolutamente. Todo pueblo es una aglomeración de individuos, pertenecientes á razas con frecuencia muy distintas, reunidos bajo un mismo gobierno y poseedores de cierto número de intereses comunes; y así tenemos hoy el pueblo inglés, el austriaco, el alemán, el francés, etc.; á pesar de que todavía no existe una raza inglesa, austriaca, alemana, ni francesa; pues los elementos reunidos en cada uno están todavía harto mal fusionados, y proceden de ori-

gen demasiado diferente para darles el nombre de raza. Así, pues, aunque se ven juntos y bajo las mismas leyes diferentes grupos de hombres; aunque profesen la misma religión y hablen la misma lengua, no formarán una raza homogénea sino cuando el centro donde viven, los cruzamientos y la herencia hayan fijado en ellos cierto número de caracteres físicos y morales, que les sean comunes.

Esa adquisición de caracteres comunes requiere mucho tiempo, pues si los caracteres en general se fijan con mucha lentitud, los hereditarios se borran también de un modo muy lento. Así es que las razas no llegan sino muy despacio á fusionarse y trasformarse. En efecto, es necesario que los cambios se acumulen por herencia y en un mismo sitio durante siglos, para que las influencias de los centros y de los cruzamientos lleguen á determinar modificaciones profundas.

Entre las influencias capaces de trasformar y fijar los caracteres de una raza se cita con frecuencia el centro donde vive. Pero si este factor es poderoso, mucho más lo es la herencia, pues representa unas aptitudes acumuladas durante un pasado larguísimo. Numerosos ejemplos históricos prueban que cuando una raza es antigua, los caracteres fijados por la herencia son tan estables, que el centro social no puede ya influir en ella; de modo que antes que trasformarse, se extingue. Así vemos que en todas las latitudes el hijo de Israel conserva su tipo invariable; así vemos también que el ardiente suelo de Egipto ha sido impotente, á pesar de su energía, para trasformar las razas demasiado viejas que sucesivamente lo han invadido, y donde todas han hallado su tumba. Sólo la herencia es bastante fuerte para luchar con la herencia; y por eso los centros sociales no pueden tener influencia sino en las razas nuevas, es decir, en razas hijas de cruzamientos hechos entre pueblos que poseen aptitudes hereditarias